



Permanencia del canto

Jacques Vieu

Perlot

de /Ahora/



Enriqueillo Sánchez

Palotes

de ¡Ahora!

“Yo creo que los Sres. Ministros comprenderán que el remedio a todos los inconvenientes que llevo señalados está en el concurso pronto y eficaz que Haití preste al partido nacional aún cuando este sucumba en su empresa, porque una vez probado el desinterés y el buen deseo de Haití para con los dominicanos y su Independencia, cualquier gobierno que logre consolidarse en la parte del Este tendrá muy en cuenta la buena fe de Haití, ya probada, y entrará en relaciones de amistad las más convenientes y ventajosas para esta República aunque para ello tenga que chocar con la voluntad de otra nación extranjera”.

El hombre que escribió esas palabras lo hizo dos días después de proclamada la anexión a España. No importa su nombre. Pronto importarán poco los nombres. Quede el hecho de que con esas palabras y con los actos que las rubricaron se inició la reciprocidad entre la República de Haití y la República Dominicana.

Jacques Viau fue fruto de esa reciprocidad. Nació en Haití y murió en Santo Domingo. Un obús de mortero destrozó sus piernas. Tenía veintitrés años. Era junio de 1965. Eso lo dice todo.

Permanencia del llanto es su único libro publicado. De él reproducimos unos fragmentos y damos a conocer, violando una norma que nos habíamos fijado, un poema del encargado de PALOTES de ¡AHORA! al mártir de la isla que sigue siendo una pero que nos dividen cada día más. Jacques Viau no requiere homenajes porque él nos honró con su muerte. Sea este un homenaje a todos los que mueren en silencio, aquí o allá, indivisibles como la tierra y como el agua.

Permanencia del llanto

Jacques Viau

En qué preciso momento se separó la vida de nosotros,
(en qué lugar,
en qué recodo del camino?
En cuál de nuestras travesías se detuvo el amor para
(decirnos adiós?
Nada ha sido tan duro como permanecer de rodillas.

jacques viau renaud
**permanencia
del llanto**

PUBLICACIONES DEL FRENTE CULT.

Nada ha dolido tanto a nuestro corazón
como colgar de nuestros labios la palabra de amargura.
Por qué anduvimos este trecho desprovistos de abrigo?
En cuál de nuestras manos se detuvo el viento para
(romper nuestras venas

y saborear nuestra sangre?
Caminar, hacia dónde?
Con qué motivo?
Andar con el corazón atado,
llagadas las espaldas donde la noche se acumula,
para qué, hacia dónde?
Qué ha sido de nosotros?
Hemos recorrido largos caminos.
Hemos sembrado nuestra angustia
en el lugar más profundo de nuestro corazón.
Nos duele la misericordia de algunos hombres!

Conquistar nuevos continentes, quién lo pretende?
Amar nuevos rostros, quién lo desea?
Todo ha sido arrastrado por las rigolas,
aun aquellas cosas que creímos muy nuestras.
No supimos dialogar con el viento y partir,
sentarnos sobre los árboles intuyendo próxima la partida.
Nos depositamos sobre nuestra sangre
sin acordarnos de que en otros corazones el mismo
(líquido hervía.

o se derramaba combatido y combatiendo.
Qué silencios nos quedan por recorrer?
Qué senderos aguardan nuestro paso:
Cualquier camino nos inspira la misma angustia,
el mismo temor por la vida.
Nos mutilamos al recogerlos en nosotros,
nos hicimos menos humanidad.
Y ahora,
solos,
combatidos
comprendemos que el hombre que somos
es
porque otros han sido.

VIII

El hombre camina amasando con caliche la palabra
(redentora.

Doblega la vida con sus manos rotas
y enarbola su pregón de vida mutilada.

Han colocado su cabeza en canastos.
La ofrecen en pública subasta.
Han colocado candelabros en su ruta

y cirios y mantos negros
y argollas de acero.

No debe olvidar que sólo tiene un camino.
No debe dudar de que su vida es ajena,
que no le pertenece,

que nunca le ha pertenecido,

Y camina arrastrando su manto de pordiosero,
alimentado de fiebres y ancho cielo,
de palabras y callejuelas aullantes.

Y sin embargo, el hombre no ha nacido para morder el
(polvo

ni para silenciar la palabra.

No ha nacido para contemplar el llanto
sino para hacerlo grito,
arma que rompa los muros del dolor difundido.





Habrá que buscar al fabricante de la muerte.
Habrá que golpear aunque sea sin manos.
gritar aunque sea sin voz contra los que difunden
(el llanto

y guardan la sonrisa.
El hombre no ha podido reír,
le ha tocado tan sólo morder el polvo.

Mirad el corazón del hombre,
es un puñado de sangre bajo el cielo.
Mirad el corazón del hombre:
es una estrella postrada sobre su propia sombra.

Miradlo,
es una lágrima que corre sobre railes enmohecidos.
Mirad el corazón del hombre,
es nudo de ira atrapado por la sangre.
Hombre, he aquí tu rastro;
Mujer, he aquí tu carne;
Joven corajudo, he aquí tu tumba recién cavada.
Oh, pobre muchacho, no dejaste tu semen frutecido
(en la tierra:

No pudiste sembrarte en la mujer que amabas.
No te dieron tiempo!
Pero no importa.
Yo me declaro tu hijo
y en tu nombre elevaré mi voz
porque en mi nombre sellaron tus labios.

XV

Dura brisa,
rumiante nave de transparentes remos,
hiende el espacio con tu quilla de alientos
y muéstrame el corazón vagabundo.
Dura brisa,
peregrina nave,
muéstrame el polvo de otros continentes,
las hojas de otros árboles.

Acumula en mí los olores de otra selva,
de otros bosques,
quiero penetrar en todo lo que nunca mis ojos han tocado,
en todo lo que me es lejano,
en toda lejanía.

Dura brisa,
frío temblor,
suave cristal resbalando por el espacio.
finísima lágrima de cielo rodando.
Peregrina,
muéstrame de otros lugares el llanto,
de otros lugares las lágrimas.
Quiero saber si pesan tanto como las nuestras,
si son tan puras de tan tristes.
Anda,
dame noticias del hombre de otros países,
de su cotidiano quehacer en su mundo.

Dura brisa,
cristal de frío en diciembre,
acumulado aliento,
tráeme el sabor de otros labios,
el vaho amargo de otros continentes,
el grito de los hombres,
arrastra hasta mí lo que de combatida pureza
(permanezca abandonado)

Dura brisa,
rumiante nave de transparentes remos,
peregrina,
con todas tus regiones,
con todas tus selvas y bosques poblados de sierpes y flores,
de frutos y aves,
con todos tus peces y tus islas
acumúlate en mi corazón,
cobija en él tu memoria.

VII

Hemos ido acumulando corazones en nuestro corazón,
Palabras en nuestra voz quebrantada por azadones.
Hemos dejado huellas por todos los caminos
y algunos de nosotros ya no estamos.
Hemos ido de manos con las sombras,

Nuestro andar es un grito estacionado.
Por cada paso, un día que transcurre.
Por cada palabra, mil palabras que vocifera la prole.
Qué será de nosotros después de esta larga travesía?
Poco importa si el mármol o la piedra eternizan.
Nuestro corazón de húmedo barro.
Nos basta con que nuestra voz perdure en la voz
del amigo, en la del compañero de rutas que nos tendió
la mano cuando se aproximaba la caída.

Hemos llenado muchos de los vacíos que nos legaran.
A otros toca llenar los que nosotros dejamos.
Apenas tuvimos tiempo para remendar la herencia.

A qué corazón irá nuestro corazón a depositarse:
A qué silbido irá nuestro silbo a renovarse?
Nada sabemos,

cumplimos una jornada que empezó antes que nosotros
y que no concluirá con nosotros.





XVIII

Salvo la palabra del hombre
Todo ha concluido en estas regiones.
Sobre la tierra los árboles y los niños.
Bajo la tierra... los hombres.
Todo ha trascurrido como si nada temiera la muerte.
Fue tan abundante la cosecha del odio,
tan numerosa la prole de catafalcos.
A todos tocó sangre,
a todos tocó silencio.
Volvió la vida a la tierra.
Volvió la palabra al silencio.
Volvió la luz a la tiniebla.
Qué labor emprender ahora que el hombre concluye
(esta jornada?)

Los muertos no llaman a los vivos.
Han dejado de escudriñar.
Nosotros les prestamos pensamientos y palabras.
Los muertos no apetecen.
No piden.
Son los vivos quienes precisan de nuestra palabra.

La vida se derrumba,
algo queda,
hay una herencia que defender. Nombres que prolongar.
Ay de nosotros si no recojemos la simiente abatida,
si no modelamos con polvo de nombre
el corazón que la tierra reclama.
Hombres,
avivad el fuego.

Mujer, ata a tus ovarios semen y al corajudo
que la vida exige ser vida,
que el amor proclama la necesidad de ir más alla
(de nuestras vidas.

Jacques

Enriquillo Sánchez

I

*Hombres,
avivad el fuego.
Jacques Viau*

Alce de giros de aurora,
hélice blanca, hoy, en el amarillecer del día,
ocre lluvia y tibia en esta tarde de cenizas,
noche para el navío y el vino ensilvecidos,
voz y potro y luz y sangre denegridos:

dócil es el mar ahora,
dóciles la herida y la glera,
dócil la estrella y dócil
el hambre de islas desoladamente cimbradoras.

Ahora no hay trincheras, Jacques.
Ahora se te recuerda y se te olvida.
Ahora pensamos, Jacques, que los muertos no apetecen.

2

Habías trocado cerbatanas por 'páginas de magia y de centauros. Habías jugado al caracol y a mares que aventuraban en tu miedo deleitoso otros mares y otras olas, otro caracol, otra mentira de luz, otra arena descalza, otra maraca humilde en su dedo de vidrio caprichoso. Era otra la jabalina que buscabas, otra la letra, otra la simiente. Habías aprendido a sorprenderte de tierras y quebradas. Habías hecho una mochila de sílabas y limoncillos, de resinas, de agua helada bajo el sol alocado y galopante. Mimes y alcatraces perfilaban en su juego el sudor y la desidia. Había sido la playa y el caserío, Jacques. Había sido el lodo convertido en laberinto de trechos y trampas para gusanos torpes y la lluvia inborrable sobre cañerías y tejados de zinc que hervían al igual que las pedradas del aguacero liviano sobre el río. Había sido el pergamino de carnes y colores que en el viento agigantabas y mecías hacia el difuminado azul de todas las distancias. Había sido, Jacques, el sable del esclavo, la tea de las noches que en el pupitre delineabas, la palabra ya rota en el pulmón hinchado, en la cadena de perenne herrumbre, en el látigo borrego de centenios. Había sido Cerro Resolí. Cerro Resolí, Jacques: el primer estruendo, la sangre primera. Después habías de recordar la carretera, un carro polvoriento, el cielo de brasa y necio; la potranca, un baquiní, las guineas, una lámina vieja en el libro de botánica, el lauredal fatuo. Entonces habías de recordar. Habías de ver —y veías— cómo muere el batey, cómo vive el camino, cómo mueren, cómo mueren. Entonces habías de recordar, de nuevo, esta mañana.

Esta es la historia.

Toda historia ha muerto.

Esta es la historia.

Sencillo mediador de palabras, te envolviste en tinta y de la leyenda embrollada dejaste una saeta para la caza de próximas saetas. Fueron tu dardo y tu canela. Fueron tu escritura para la piedra y el llanto, tu desolada letra de incipiente reclamo, tu agonía, tu paz. Así te dijiste: Jacques Viau, sencillo mediador de palabras. Voz de todos para todos, sangre en el naciente del abrazo, daga habitual. Dijiste de púas y de trochas jamás apaciguadas, de fauna varia y de enraizados tiranitos, que imperan desde cuencas de baba y chirimoyas. Como que *no supimos ser comensales del fuego y hemos sido comensales del llanto.*

Como que ya no había de parir la cimarrona y no enrabiaba con luteranos el canónigo, ni el licenciado se perdía en memoriales que narraban la deshonra, la penuria ridícula, la bula obtusa, casi lúbrico el palenque, casi heroica la corambre en la guardarraya, el ascendiente linajudo en medio de misas nalgas afuera y de cálices en los que era el trago la retama. Veedores y clérigos, oidores, hateros, corte y cortijo, cincuentenas e infieles, Juan de Morfa, Monsieur de Coussy, Mackandal, la negra retinta y el más rústico de todos los sevillanos, el más común de los oficiantes, el comeyuca, el comecoco, el pardo libre, del lado de allá y del lado de acá, guardarrayando. Habías aprendido a guardarrayar. Este que guardarraya, tú que guardarrayas, nosotros que guardarrayamos: cobrizos, jabaos, prietos. Toda historia moriría. Esa es la historia, y tú, Jacques del casabe y del grave alejandrino, la asumirías como coz, cántaro, cocuyo. Cigua exigua, trigo que traga, celaje de gacela, ¿indio, blanco, negro?

*Juancito Trucepey me dijo
que tiene un lío por ahí.*

¿Dirías una palabra o una brisa, igual mañana, azúcares iguales? ¿Brisearías tú,

*dura brisa,
cristal de frío en diciembre,*

brisearías? ¿Alcanzarías un cofre de músicas, un labio de áncoras de sal, una mariposa de sílabas, un plectro aguerrido, la flor de un atril, el incendio y su teoría, el sexo y sus galeras, la muerte y su retoño, la algarabía que crece de un encuentro y un amor, siempre la espada y siempre la húmeda canción?

*etibagaita
masá masá masá*

¿Olvidarías la guásima amarga, los suplicios, la pereza? ¿Dirías coraje, lo oscuro concluye, no temo, dame un hijo, en tus ovarios existe la mañana, toma la mochila, guárdala, este es un hermano,

*sé cómplice de su sonrisa,
abraza su locura.*

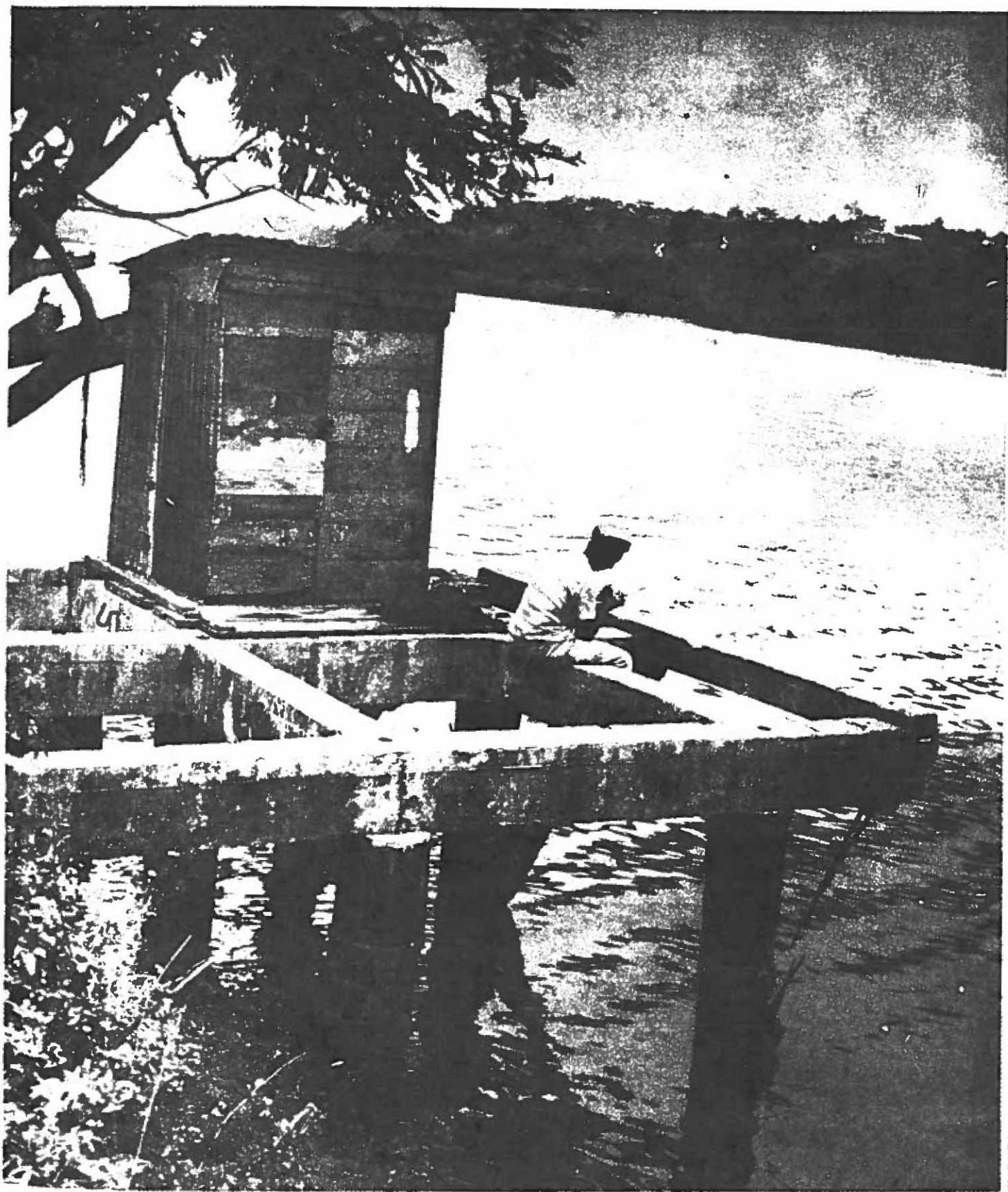
*Hombre,
no te derrumbes,
es preciso estar con los demás,*

aquí me das el pan, aquí el agua, allí los versos del vecino, vamos a dormir en esta cama, cerca de ese parquecito hará su casa el carpintero, la marchanta ve crecer a su hijo, el labriego tiene un pupitre en la escuela de la aldea, al viejo tuberculoso le entregaron su receta y la medicina y su ternura. ¿Alumbrarías las islas de las islas, el puerto perdido, la goleta sin destino? ¿Vendrías con nosotros, apabullados, descreídos, devueltos del trayecto sin fuerza: ni canciones? ¿Llurarías con nosotros, reirías con nosotros, encontrarías con nosotros el diente primero, los puños, la rosa resurrecta? ¿Vivirías una aventura nueva, una palabra nueva, esa fatiga que te llevó, labrador de albas, al fusil y al comando? ¿Dirías que sí, que las islas nacen a los vientos, que nos das para siempre tu coraje, el coraje que conservabas cuando ya el mortero te había destrozado las piernas y nacía la primavera, el aliento último con que te aferrabas a la vida y a los pueblos?

Todavía el ave, todavía la lluvia, todavía el esguince de mayo. Habías llegado temprano. La mañana era un croquis para el día: abierta, alzada en vilo por dos corceles prematuramente envejecidos, abrumaba de hipocampos que bañaban su luz en el verde que brotaba. Habías traído versos de Whitman. Todo día iniciabas en el albor tu trayecto mañanero. A veces, ya dormido, te despertaban tus ojos amarillos. Entonces escribías. Pronto fue abril. Sería la guerra. Morirías.

*Los muertos no llaman a los vivos.
Han dejado de escudriñar.
Nosotros les prestamos pensamientos y palabras.
Los muertos no apetecen.
No piden.*

Los vivos, Jacques. Los vivos. Hoy la historia ha muerto. Esa es la historia. ¿Cuándo el abrazo, el pétalo en la mano callosa, el pez en el viejo pozo pestilente? Liza o luz, lengua de clavos dulces, tenaces banderas, flor labiada de savia de los pueblos: nadie se levanta pero todos habrán de levantarse, nadie empuña el amor como se empuña un código inviolable pero todos habrán de empuñarlo, nadie crece pero todos habrán de crecer, nadie construye, Jacques, pero todos habrán de construir. Nadie lucha, hermano Jacques de voz arrebatada, pero todos lucharán. Nadie cree pero todos creerán. Sean la isla y sus fuegos humildísimos, la libertad sea, sean los pueblos y sus himnos.





de Albrecht
Parlaton

3

Ya te levantas,
Jaques.
Ya regresas.
Ya cantas.
Para nosotros
—así te hemos querido—,

muerto sin regreso,
muerto sin voz y sin mirada,
muerto sin palabras,

sencillo mediador de palabras,
hijo pobre en isla de agrísimos cerros,
hay una voz tuya que dice salmos de lumbre,
flor, pueblo, ave,
dulce merengue, mangulina dulce,
y en ella apareces envuelto por la espuma
de un humillo de plata que no cesa,
Jacques,
que no cesa.

26/3/74